

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL

LA DOÑA

No recuerdo que, ni aun en el ardiente verano adolescente, haya despertado mi fantasía erótica. María Félix jamás me inspiró o atrajo. Lo curioso es que mi frialdad, lejos de ser rara o única, es común, según revela la rápida encuesta que levanté entre amigos, conocidos y alumnos en la universidad. ¿Te gustaba María Félix? Respuesta: No rotundo. Insisto, ¿podría compararse a Miroslava? ¿Ya te volviste loco?

El enigma es ¿por qué entonces fue doña María dechado de lo más codiciable de la hermosura femenina durante tantos años? Intentemos respuestas.

Estamos ante una muestra no infrecuente de discontinuidad en la apreciación erótica. Ésta muda en el tiempo y, ergo, tiene historia. Lo que antes hizo gemir de deseo y disparó la imaginación lasciva, se mira después con inapetencia y desdén.

María Félix, la feminidad como forma de dominio. Ese poderío, es claro, tiene su origen en la sexualidad. Somete porque atrae, esclaviza al seducir. Ahora, distinción fina, propiamente no es ella la que sujeta, sino el deseo de la víctima; el deseo brotado del fondo biológico de la víctima masculina es el que tiraniza y oprime y, si todo va bien, destruye.

Un retoque: es el tema de *Circe* o *Turandot*. Sexualidad hostil, peligrosa, de viuda negra. La famosa hembra castrante que, si puede, humilla y veja al varón. La entrega femenina, no como regalo, sino como derrota en un desafío.

Lo que implica que María Félix representa plenamente la sexualidad del resentimiento. ¿Cuál resentimiento? Clásicamente, el de la dama por no ser varón. Pero esa belicosidad se justificaba más en tiempos de la pasividad y sometimiento de las mujeres, antes de la eclosión feminista. Ahora suena un tanto chocho, gagá.

Hablamos de la dama ambiciosa y viril. Nunca brilló más María que vestida de soldado en la película *La monja alférez*, adaptación que hizo Max Aub del relato de Thomas De Quincey.

Sin embargo, llegó a residir en París, apreciar vinos y platillos, expresarse en francés, codearse con los ricos y elegantes, ser ella misma acaudalada, filmar con Jean Renoir, nada menos. No está mal para la muchacha sonoreense que debutó en *El peñón de las ánimas*, de Miguel Zacarías.

Porque la vida siempre equitativa todo le dio a María Félix, también todo le fue quitando, cosa por cosa, empezoando, claro, por la hermosura donde se fundaba el resto de la construcción.

El último capítulo se representó en la casa Christie's de Nueva York, donde fue ofrecido en subasta su legado, con Salma Hayek de anfitriona. Se adivina

que al final la bonita, tan solicitada en su hora, conoció la soledad: su heredero universal fue el señor Luis Martínez de Anda, designado como su asistente personal.

Horrenda melancolía la de esos objetos ahora dispersados. *Sic transit* la figura enérgica, el ademán autoritario, la voz imperiosa. Pero será conservado por Thalía el retrato en que Antoine Tzapoff, su última pareja, representó a María jinete en un rinoceronte y vestida de china con un marco de 28 kilos de plata ornado con mariposas. Thalía, en primera fila durante la subasta, lo ganó en dura puja. “Significa mucho para mí”, confesó. —

— HUGO HIRIART

CARTA DESDE EU

LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ

El puerto de Charleston, junto con el de Nueva Orleans, eran los puntos de mayor tránsito de los esclavos que nutrían las plantaciones del Sur. Fue éste también uno de los sitios donde era más evidente la verdadera causa de la Guerra Civil: un territorio dividido entre esclavistas y libertarios no pueden integrar un mismo país.

En 1861, cuando estalló la guerra en Estados Unidos, Charleston era el principal puerto de salida del algodón

del Sur hacia las fábricas textiles de Liverpool que, a cambio, pagaba con armas para enfrentar al Norte.

Charleston también fue inmortalizado, como el resto del Sur y prácticamente como toda la historia de ese país, en *Lo que el viento se llevó*, la obra escrita por Margaret Mitchell que describió con maestría el tráfico de mercancías y armas entre Norte y Sur llevado a cabo por el capitán Rhett Butler.

El pasado lunes 23 de julio Charleston volvió a hacer historia. A veintiocho grados centígrados de temperatura, el puerto vivió un día que los estadounidenses llaman *bazy*, es decir, con una altísima concentración de humedad en el ambiente: una muestra de los efectos del calentamiento global.

Fue también un día donde lo viejo y lo nuevo se encontraron. CNN, el emporio de la noticia inmediata, y YouTube, el nuevo poderío virtual, convocaron a los ocho candidatos demócratas a la Presidencia de Estados Unidos al primer debate en línea.

Los acartonados moderadores y las cámaras de televisión fueron meros acompañantes durante el primer debate donde los espectadores pudieron confrontar a un grupo de políticos a través de internet: un nuevo vínculo entre el mundo digital y la vida pública.

Los populares senadores Hillary Clinton y Barack Obama, junto con el resto de los candidatos demócratas, se enfrentaron a una parte de sus electores, aquellos que puján y pugnan por el control del mundo virtual. Aunque los participantes apenas pudieron responder a 39 preguntas de las tres mil enviadas por los potenciales electores, sin duda se trató de una entusiasta respuesta para “*You Choose '08*” (“Tú eliges el 2008”), proyecto que busca una mayor interacción entre candidatos y cibernautas.

El debate —como el clima— fue *bazy*, pero sobre todo, revelador. El viejo estilo de hacer política y llegar a los votantes a través de la pantalla televisiva quedó rebasado con la asistencia del nuevo confesionario: la computadora.

Sin resultados demoleedores a favor o en contra de cualquiera de los partici-

pantes, lo que el viento trajo a la vuelta de este debate resulta estremecedor: más de lo mismo. El experimento evidenció que en política todo cambió para que todo pudiera seguir igual; el espíritu de la nación va por un lado y su clase política por otro. Para cualquier observador resulta claro que, parafraseando al joven William Clinton cuando logró hacer de una frase un argumento para derrotar a George Bush padre al decir: “Es la economía, estúpido”, en este caso se podría anotar: “Es el espíritu, idiotas.”

El espíritu democrático y libertario, que logró convertir a ese país en el de las oportunidades, se ha deslizado de su clase política, y luego de casi seis años de estar inmersa en una guerra que no entiende, la sociedad parece perdida en su propia confusión. Aunque tanto la senadora de Nueva York como el de Illinois podrían ser representantes de aquél seamos realistas y pidamos lo imposible —quizá ha llegado la hora de que una mujer o un hombre afroestadounidense se conviertan en comandantes supremos de esta nación—, cabe preguntarse: ¿son el género o la raza suficiente motivo para ganar una elección?

YouTube y los demócratas pusieron de relieve, una vez más, que hay un tema grave respecto a la política interna de Estados Unidos y el consecuente destino internacional, que la discusión no debe estar en el estilo, raza o género del próximo ocupante de la Casa Blanca: el problema es la carga ética y moral de quien la ocupe.

¿Qué ofrecieron los candidatos demócratas? ¿Cuáles fueron las soluciones concretas de sus respuestas? Una triste perspectiva: la política estadounidense no permite diferenciar entre republicanos y demócratas. ¿Quién tiene un nuevo llamado moral nacional e internacional para fortalecer el espíritu de Occidente? Nunca —hasta ahora— Estados Unidos había violentado tanto su esencia: verdad, democracia, justicia son valores que definieron el espíritu de una nación que parece desilusionada.



Hillary Clinton y Barack Obama, guerra cordial.

Con la llegada de George Walker Bush a la Presidencia se desencadenó el fin de la supremacía moral de Estados Unidos. Se convirtió en Presidente como consecuencia de una trampa profunda: la negación de la esencia democrática, el secuestro de la voluntad popular a manos de los miembros de la Suprema Corte. A partir de ese momento, el devenir de los Estados Unidos de Norteamérica se puede interpretar como el resultado de esa traición, y con ello se ha puesto en evidencia el fracaso total de su capacidad para conservar el liderazgo mundial.

Fue a partir del año 2001 cuando el propósito de los Padres Fundadores se hundió con los mismos cimientos que sostenían las Torres Gemelas: una nación unida, democrática y poderosa, donde el sagrado derecho a la libertad, la igualdad y la felicidad fueron consagrados en la Constitución como valores del Estado. A la fecha, ese “*with us or with the terrorists*” [“con nosotros o con los terroristas”] ha generado más de 3,500 bajas tan sólo en el ejército de ese país. En el camino recorrido por Estados Unidos durante el mandato de George W. Bush, es preciso reconocerlo, el Presidente no estuvo solo.

Nos hemos acostumbrado a utilizar la figura de George Bush hijo, ciertamente curiosa y antipática, para definir una época que seguramente será recordada como la peor en la historia de ese país. Peor que el asesinato de Abraham Lincoln, padre de la unidad nacional; peor que la cacería de comunistas encabezada por el senador Joseph McCarthy; peor que Vietnam o el Watergate.

En el balance histórico, lo malo de la era de George Walker Bush no es sólo él, sino el conjunto de políticos y senadores que votaron y apoyaron una guerra que arrancó en septiembre de 2001, apenas unas horas después de que Estados Unidos descubriera que era frágil, capaz de morir en un salvaje atentado terrorista. Barack Obama, Hillary y el resto de quienes se disputan la candidatura demócrata (junto con los que se disputarán la republicana) lo han acompañado con sus votos y sus posturas políticas, integrando un sistema del que también resultan responsables de la crisis en Iraq, los presos en Guantánamo y el resto de atrocidades que han apuntalado la destrucción de la estructura moral de ese país.

Se podría decir que la vida y la política son así, que quien esté libre de culpa arroje la primera piedra... Pero que una nación que cada día entierra al menos a tres soldados tenga que elegir a su cuadragésimo cuarto Presidente entre demócratas y republicanos—que al final representan más de lo mismo—es seguir negando la esperanza que el mundo necesita.

En el National Memorial 9.11 no reposan solamente las cenizas y los restos de quienes murieron trágicamente. Los acompañan las ilusiones de una América que era joven y confiada; ahí también están algunos de los principios que, durante más de dos siglos, convirtieron a Estados Unidos en modelo de las democracias del mundo.

En el debate del 23 de julio, aunque ninguno de los candidatos ganó, sí hubo un triunfador: la única figura política que, por azar y voluntad, no ha participado de este tiempo infausto y que, por el contrario, supo reconocer un tema de vital importancia no sólo para su nación, sino para el planeta: el calentamiento global.

En los últimos años, el mundo ha perdido toda la posibilidad de crear un sistema que implique esperanza en el futuro. Solamente la necesidad de no seguir deteriorando nuestro mundo puede darle a Estados Unidos la razón moral que necesita para reconstruir la fuerza que tuvo hace un siglo. —

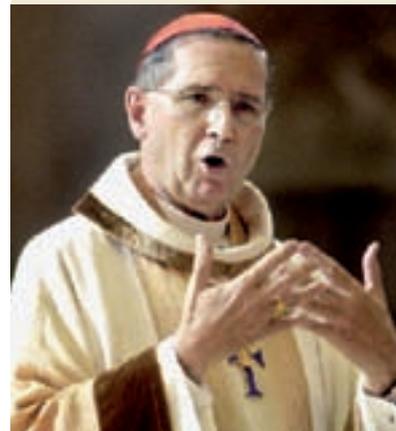
— ANTONIO NAVALÓN

ESCÁNDALO LA COMPENSACIÓN

A primera vista, parece difícil imaginar cómo hará el cardenal Roger Mahony para sobrevivir al escándalo de pedofilia. Lejos de poner fin al asunto, la compensación por seiscientos millones de dólares que la Arquidiócesis de Los Ángeles accedió a pagar a las víctimas de abuso—violación de menores es un término más preciso, aunque menos eufónico—no hará más que suscitar mayor estupor y preocupación en torno a la conducta del Cardenal a lo largo del escándalo. Mahony mismo admitió que, cuando tuvo noticia de lo que estaba sucediendo, decidió no informar a la policía y, de hecho, permitió que los sacerdotes más violentos involucrados en los hechos regresaran a su ministerio tras someterse a programas de tratamiento que, según admite ahora el propio Cardenal, resultaron inútiles.

Decir, como hace ahora Mahony, que desearía rebobinar como “cintas VHS” las vidas de las víctimas hasta un punto anterior a los crímenes que las devastaron—y no existe otra manera de plantear esto con franqueza—parece una manera sumamente autoexculpatoria de su parte para describir lo sucedido. No cabe más que perdonar a los escépticos por preguntarse por qué la Arquidiócesis decidió negociar tan sólo unos días antes de que el cardenal Mahony hubiera sido llamado a declarar ante el tribunal, y por poner en duda la manera en que Mahony culpó por la demora a la complejidad de las negociaciones entre la Arquidiócesis y las compañías aseguradoras.

Y, sin embargo, no importa cuán grotesco pueda parecerle a las personas que comprensiblemente no están dispuestas a perdonar al Cardenal por lo que él mismo acepta ahora como graves errores: lo más probable es que Mahony sobreviva relativamente ileso en su cargo, a diferencia, digamos, de su contraparte, el cardenal Bernard Law, de Boston, un príncipe de la Iglesia al



Roger Mahony, cardenal de Los Ángeles.

que el Vaticano tuvo que retirar de su cargo y transferir a Roma, en una suerte de exilio. A decir verdad, Mahony no sólo permanecerá en su puesto, sino que mantendrá su poder y su autoridad moral intactos frente a la abrumadora mayoría de sus feligreses.

¿Cómo explicar la calidad de “teflón” del Cardenal de Los Ángeles? En gran medida, la respuesta radica en las enormes transformaciones registradas dentro de la Iglesia Católica de Estados Unidos—transformaciones cuyo punto de origen se halla en la Arquidiócesis de Los Ángeles—, y sobre todo en su cada vez más profunda hispanización, así como en el papel que el cardenal Mahony desempeña como el amigo quizá más poderoso que los inmigrantes hispanos tienen no sólo en la Iglesia Católica estadounidense, sino en el país entero.

Cualquiera que tenga una vaga idea de lo que es el catolicismo romano en Estados Unidos sabe cuán radicalmente ha cambiado la Iglesia en las últimas décadas. Compuesta en un principio por personas procedentes de Europa, la Iglesia sirve ahora cada vez más a los hispanos, tanto a los inmigrantes como a los nacidos en Estados Unidos. A nivel nacional, los hispanos representan hoy el 39 por ciento de la población católica y, desde 1960, han constituido el 71 por ciento de los nuevos feligreses católicos estadounidenses. Esto representa un gran crecimiento tanto en términos proporcionales como en cifras absolu-

tas, y es atribuible casi por completo a la vasta y continua migración procedente de México y Centroamérica durante las tres décadas pasadas. La demografía es destino, y el destino de la Iglesia Católica estadounidense está ligado ahora —es sencillamente un hecho— al destino de estos inmigrantes, y el de sus hijos y nietos. Es lógico que este cambio haya sido tremendamente complicado para la Iglesia, cuya jerarquía aún dominan los descendientes de inmigrantes italianos, polacos y sobre todo irlandeses, como Mahony mismo. Lo que distingue al Cardenal, empero, es que desde sus días de seminarista ha apostado por este catolicismo romano hispanizado, cuyo centro ha sido siempre el sur de California, aunque se trate hoy día de un fenómeno nacional.

Muchos críticos de Mahony, horrorizados por su comportamiento en el transcurso del escándalo de pedofilia, han dicho que su continua dedicación a los asuntos de los inmigrantes y su énfasis en la comunidad hispánica no son sino un cínico esfuerzo por desviar la atención respecto del encubrimiento. Pero su intervención en los asuntos hispanos data de mucho antes de su ascenso como figura eminente dentro de la Iglesia. De hecho, Mahony ha mostrado una gran coherencia desde sus primeros días como seminarista, cuando ejercía el ministerio para los trabajadores hispanos de las granjas del Ventura County; en sus días de sacerdote íntimamente involucrado en el movimiento de la Asociación de Trabajadores del Campo, encabezado por César Chávez; durante sus días como cabeza del Comité de Relaciones Agrícolas del gobernador Jerry Brown de California; en su desempeño como obispo de Stockton; y hasta su actual activismo a favor de los derechos humanos y laborales de los inmigrantes (temas que en el sur de California están evidentemente ligados de manera indisoluble).

Lejos de resistirse a ella, el cardenal Mahony ha dado la bienvenida a la hispanización de la Iglesia. Es seguro que ningún angelino hispano se sorprendió porque el Cardenal no se limitara a parti-

cipar en la enorme manifestación a favor de los inmigrantes que tuvo lugar en Los Ángeles la pasada primavera, sino que exhortara, al menos de manera tácita, a las parroquias a involucrarse en la planeación de la marcha. En consecuencia, el afecto y el respeto de los que goza dentro del mundo hispano de Los Ángeles (sin importar lo que la gente piense de él en el lado oeste) son enormes y no susceptibles de verse sacudidos por el escándalo de pedofilia. Al contrario, casi no cabe duda de que “Rogelio”, como se lo conoce en la zona este de Los Ángeles, mantendrá la lealtad de la vasta mayoría de sus feligreses.

Éste es el factor que explica la diferencia entre las consecuencias que puede tener la crisis de los abusos dentro de la Iglesia en Los Ángeles y las consecuencias que tuvo en ciudades como Boston. Un amigo, sagaz católico laico de Los Ángeles, me dijo: en Boston se organizó una oposición laica más allá de las organizaciones de las víctimas, y eso fue lo que en última instancia hizo que la posición del cardenal Law fuera insostenible. Al final, Law perdió incluso la lealtad de muchos de sus propios sacerdotes de parroquia. Nada podría ser más ajeno a la situación del cardenal Mahony. Nos guste o no, el escándalo de pedofilia simplemente no es un tema central en la mayoría de las parroquias angelinas.

¿Debería ser de otra manera, dado que el escándalo es demasiado real? En gran medida, esto depende de quién sea uno. Sin duda, muchos católicos hispanos están consternados por el escándalo, y por el hecho de que muchas víctimas y perpetradores son también hispanos. Pero los hispanos en general y los inmigrantes en particular han encontrado a un poderoso defensor en Mahony, y esto en un momento en que los poderosos tienden más a la represión que a la compasión o la solidaridad. Desde esta perspectiva, no debería resultar sorprendente que los feligreses hayan decidido mayoritariamente perdonarlo por lo que hizo y dejó de hacer, y que lo hagan una y otra vez. Un interés propio dicta esto, ni más ni menos. Por supuesto, sólo el cardenal Mahony nos podría decir si no

pudo lidiar con los atribulados sacerdotes cuyas agresiones ignoró durante tanto tiempo porque esto distraía su atención respecto de los temas sociales, que él consideraba más importantes. Pero la compensación lo eximió de este deber, y es probable que nunca nos lo diga. —

— DAVID RIEFF

Traducción de Mariana Santoveña

AJEDREZ PASIÓN POR EL EGO

Todo jugador sensato sabe que, si no fuera por la aparición de las computadoras, cada vez más rápidas y capaces, el ajedrez sería un juego un tanto olvidado, manía de novelistas e intelectuales del siglo pasado. Ya Aldous Huxley consideraba que, con sus reglas sencillas e inequívocas, cada partida es como una isla de orden en el impreciso y desordenado caos de lo sensible. Cuando jugamos, e incluso cuando presenciamos cómo lo hacen otros, abandonamos el comprensible universo de la realidad diaria para encerrarnos en un reducido mundo de factura humana, donde todo es claro, intencional y fácil de comprender. Al encanto intrínseco del juego se añade su carácter competitivo, que lo hace excitante; las apuestas y la intoxicación de la multitud se suman, a su vez, a la emoción de la competencia.

Este clima sólo pudo lograrse por la aparición del factor cibernético, alrededor de 1950, con la combinación de programas, algoritmos y veloces máquinas calculadoras. El interés por un juego que nos permite descubrir cuán astutos y memoriosos somos, que representa nuestros más recónditos deseos en cuanto al conocimiento, tuvo que ver más con un problema de identidad (¿qué idioma hablan las máquinas y cómo podemos hacer para que aprendan a reconocer una jerarquía de valores?) que con la necesidad atávica del recreo. Más un asunto de ego (¿nunca volveremos a derrotarlas?) que lúdico.

Los juegos del cálculo, con tablero, juegos matemáticos en los que el resul-



Ajedrez, triunfo de las computadoras.

tado final está determinado por el pensamiento puro que no ha sido contaminado por la habilidad ni la fuerza físicas, ni tampoco por esa especie de suerte ciega inherente a los dados, las cartas y otros juegos de azar, son tan antiguos como la humanidad y tan diversos como las alas de las mariposas. Se ha invertido en ellos una cantidad fantástica de energía mental, lo cual es notable si se tiene en cuenta que, hasta hace poco, su único objeto era proporcionar un poco de distracción y relajación mental. Así que la cultura cibernética les ha dado hoy una repentina importancia. Las máquinas de jugar a las damas o al ajedrez, capaces de extraer consecuencias que les permiten mejorar su juego, pueden ser las precursoras de cerebros cibernéticos, cuya potencia y versatilidad no podemos siquiera imaginar. Después de todo, son extensiones de nosotros mismos.

Si queremos entender cómo operan las máquinas que juegan ajedrez, es importante saber que no sólo importa que tengan una memoria rápida para calcular su siguiente movimiento, siempre condicionado por el del adversario, sino que deben aprender a formar patrones jerarquizados de información. Es decir, no importa cuánto puedas profundizar en una línea de ataque/defensa, siempre tendrás un límite de tiempo. Se sabe, así, que de los 38 movimientos legales que se pueden realizar en una posición típica, los maestros sólo ponderan un promedio de 1.76 jugadas, ¡ni siquiera dos!

Las máquinas antes del chip de silicio (como el muñeco ajedrecista del ingeniero Leonardo Torres y Quevedo, de 1912, que operaba con imanes y sólo realizaba algunas jugadas en la fase final de un juego) no podían fabricar ninguna estrategia de juego. En cambio, el asunto medular en la década de 1950 era cómo traducir el lenguaje selectivo a un lenguaje de computadora. En 1966 apareció un programa que intentaba este camino, el MacHack del MIT. Al mismo tiempo, en las universidades de Carnegie-Melon y Northwestern de Illinois se escribieron nuevos programas, como el Chess 3.0, que intentaban hacer un análisis exhaustivo de todas las posibilidades, lo cual reducía la eficiencia real de la búsqueda. Seguro iba a encontrar la mejor jugada, pero ¿cuándo? Consideremos que un juego regular entre humanos dura 84 rondas o *plies* (un *ply* está compuesto por una jugada por bando), y puesto que hay unas 38 jugadas posibles, entonces una búsqueda exhaustiva tendría que considerar 138^{84} posiciones posibles! Para darnos una idea de la insensatez de este camino, el universo ha existido apenas 10^{18} segundos, por lo que una computadora tendría que analizar 10^{114} posiciones por segundo para llegar a la fase final de una partida.

En los ochenta se introdujo en las computadoras un enfoque *minimax*, es decir, eligen el movimiento que minimiza al máximo (dentro de un rango de posibilidades) la ofensiva contraria. Luego aparecieron programas llamados “asesinos heurísticos”, que daban prioridad a jugadas en donde se puede lograr un buen intercambio de piezas. Uno de los pioneros en el diseño y construcción de máquinas que aprenden jugando, Hans Berliner, introdujo su algoritmo B en 1985, que consideraba otros factores “heterodoxos”, como hacen los maestros para reconocer el patrón que se forma en cada juego.

Las computadoras que juegan ajedrez hacen más rápido los cálculos que nosotros y se mueven con más gracia por el tablero, pues se les ha enseñado a hurtar el tiempo en el reloj de su adversario,

no importa si es humano o máquina. De manera que lo importante para nosotros, nuestra capacidad de anticipación, pasa a segundo plano, y prevalece la capacidad de transformar el dibujo de la fase inicial para pasar al meollo de la partida y plantear el remate o fase final. Tan claro como una buena novela, sólo que las máquinas son más refinadas, pues hablan binario, que desde luego incluye todos los idiomas habidos y por haber.

En el ajedrez cibernético de nuestros días, se ha podido combinar la fuerza bruta del cómputo con la búsqueda selectiva de la robótica y el aprendizaje de la inteligencia artificial; es un ajedrez, digamos, yogui, pues los programas aceptan diversos niveles de competencia y siempre podemos aliviar la presión sobre nuestro ego, pensando que fuimos más astutos que la máquina antes de ver caer nuestro rey por el suelo. —

— CARLOS CHIMAL

ANIVERSARIO TANTÍSIMAS PLAZAS

Un 19 de julio de 1976, en un salón del Hotel María Isabel de la ciudad de México, el periodista Miguel Ángel Granados Chapa leyó un discurso que detallaba la complicidad gubernamental en el golpe al diario *Excelsior* diez días antes. En él anunciaba la intención del grupo de periodistas y escritores que salieron con Julio Scherer de formar un “nuevo semanario de información, interpretación y análisis, en una fórmula inexistente hasta ahora en nuestro país, y cuyo desarrollo conduzca ... a crear ... un diario”. El semanario para el que se hacía la colecta esa noche fue, por supuesto, *Proceso*, y el diario nunca existió como tal, aunque sí un nuevo clima que terminaría en proyectos como el *unomásimo* de Manuel Becerra Acosta y lo que siguió: el *boom* de periódicos, revistas y estaciones transmisoras en las que se sustenta hoy la transparencia democrática. Vicente Leñero, en la crónica novelada de esos días turbios, *Los periodistas*, trazó así a

Miguel Ángel Granados Chapa: “Leía pausadamente [...] este era su género: el ensayo, el editorial que traduce criterios grupales y no exclusivamente los propios, el discurso medido y exacto en sus planteamientos.”

Desde ese momento, que Leñero supo describir como de consecuencias duraderas, Miguel Ángel Granados Chapa ha presenciado lo mejor y lo peor del periodismo mexicano: de *Proceso* (del que sale en 1977 y al que regresa en el 2000), el *unomásuno* del inicio promisorio, *La Jornada* de Carlos Payán, *El Financiero* y *Reforma*. También de proyectos personales, como el semanario visual *Mira*, antecedente de *Cuarto Oscuro*. Y hasta de aventuras refrescantes: de consejero electoral en el IFE, cuando comenzó la ciudadanización de la vigilancia electoral, a convertirse en cronista legislativo o en candidato a la gubernatura de Hidalgo. Lo electrónico no le es ajeno: director de noticias en Canal Once o en Radio Educación. Hoy lo escuchamos en la radio de la Universidad Nacional.

Durante este verano se cumplieron treinta años de la columna diaria de Miguel Ángel Granados Chapa, “Plaza Pública”, que comenzó sin firma en los primeros números de la entonces nueva revista de Scherer, *Proceso*, y que ha emigrado allí adonde ese personaje breve, barbado y de maneras sutiles lo ha decidido, a lo largo de casi medio



Miguel Ángel Granados Chapa.

siglo de carrera periodística, de transiciones, retrocesos, y en esa marea borrosa e incierta que es el periodismo mexicano. Calculo que serán, en total, cerca de diez mil columnas las que ha firmado Granados Chapa bajo el cabezal de “Plaza Pública” o “Interés Público”.

Cuando subdirigía *La Jornada* pude verlo trabajar. De eso hace veinte años pero lo recuerdo con nitidez: en un traje gris, la barba ya cana, llegó para la reunión de la redacción. Yo estaba esperándolo para llevarle alguna carta para “El Correo Ilustrado”, con motivo de alguna disputa estudiantil en la Universidad Nacional que, ésa sí, ya he olvidado. Mientras escuchaba mis explicaciones de por qué debía prestarle atención a las disidencias de algunos grupúsculos universitarios, escribió su “Plaza Pública”. Lo hizo con soltura mientras me oía, asintiendo con la cabeza. Al terminar me dije: “O éste no me oyó o no escribió y se hizo el occiso.” Al día siguiente, mi carta y su columna estaban impresas en las páginas de *La Jornada*. Su “Plaza Pública” era, como siempre, mesurada, impecable en la redacción, y bien informada. No di crédito: el tipo se había despedido de mí sin mayor comentario y se metió a su reunión editorial. Pensé que era una actitud común entre los periodistas mexicanos: rehuir lo que no está en su radar. Con Granados Chapa me equivoqué. *Todo* estaba en su radar. Aun un estudiante universitario de segundo semestre.

Las columnas de Miguel Ángel Granados Chapa me recuerdan lo mejor de las publicadas por Manuel Buendía, de quien fue antologador tras su asesinato, en la primera editorial *Océano*. A lo largo de estas tantísimas plazas públicas, Granados Chapa ha sido un restaurador de la memoria —no en vano su primogénito es un talentoso historiador— en un mundo periodístico que se hace con el boletín que todavía no ha salido, y un comunicador que desmenuza, para clarificar, lo que damos por sentado. Como Vicente Leñero caló en 1978, Granados Chapa es sobre todo alguien que interpreta deseos colectivos. En un tiempo —hace treinta años— en que los periodistas

nombraban a sus columnas “expedientes secretos” o “filtraciones desde la mesa del Secretario”, Granados Chapa intituló su labor como una “plaza pública”. Marcado por el golpe a *Excelsior*, sabía que el futuro del periodismo era lo que se preguntaba la gente en las calles, sus certezas, su sentido común. No lo que declaraban, para sí mismos, los poderosos. Granados Chapa nunca ha tenido las veleidades del opinador experto o del profeta del “documento confidencial”. Es, en el sentido en que los periodistas del siglo XIX fueron —ahora que celebramos los bicentenarios con la restauración de teatros en Guanajuato—, un receptáculo de las dudas y certidumbres del ciudadano común. Alguien cada vez más indispensable. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

FINALIA

HARRY DEBE MORIR

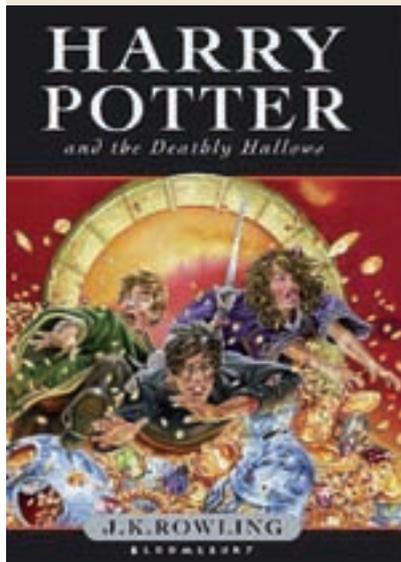
Para un escritor de literatura infantil y juvenil, nada más difícil que matar a su protagonista. Los lectores jóvenes crean un vínculo fraternal, una suerte de identificación absoluta, con los personajes centrales de la historia; hacen suya la búsqueda del protagonista, se descubren deseando ser ellos mismos quienes finalmente destruyen el anillo en los fuegos de Mordor. Michael Ende, uno de los grandes autores del género, entendió esto mejor que nadie cuando optó por convertir a un lector hipotético —es decir, a todos sus lectores— en protagonista de *La historia sin fin*. En el libro, son las acciones y los sentimientos del propio Bastian Bux los que determinan buena parte del destino de Fantasía y de Atreyu, el héroe, álter ego del lector-protagonista. Esta simbiosis es el gran descubrimiento de Ende: Fantasía no existe sin la fe de Bastian.

Con semejante responsabilidad a cuestas, la principal disyuntiva que enfrenta un autor de ficción para jóvenes es si seguir su propia convicción argumental, sin pensar en las consecuencias que tendrá el desenlace entre

sus lectores, o tomar en consideración los deseos del mercado a la hora de atar los últimos hilos de la trama. Algunas circunstancias pueden complicar el asunto. No es lo mismo, por ejemplo, definir el destino de un héroe en una obra por entregas que hacerlo en un libro único. Tampoco es lo mismo hacerlo cuando se tienen cinco mil lectores a cuando el número se cuenta en cientos de millones.

Hace un par de años fui invitado por la Feria del Libro de Guadalajara para presentar *El vuelo de Eluán*, mi propia novela para jóvenes, inscrita en la primera, un poco más modesta, categoría de tirajes. Gracias al concurso "Cartas al autor", recibí cerca de mil doscientas preguntas, sugerencias y muchas, muchas quejas sobre el destino final del protagonista, una especie de suicidio místico. Frente a un salón lleno de lectores jóvenes, traté de aclarar cómo la muerte del héroe había sido escrita, en el fondo, como una catarsis. Me tomé varios minutos para explicar por qué, para mí, la historia no podía terminar de otra manera: la vida del personaje simplemente se dirigía hacia allá; darle otro destino habría sido engañar a mis lectores y, más importante aún, mentirle a mi protagonista. Creo haber convencido a algunos. Con otros no tuve suerte. Al final de la presentación, una chica de Zapotiltic, Jalisco, se acercó sólo para pedirme una segunda parte "en la que Eluán resucite".

Por eso, el caso de J.K. Rowling, autora de Harry Potter, me parece particularmente interesante. Apenas puedo imaginar la presión que debe de haber sentido Rowling a la hora de decidir el rumbo de su personaje principal. Su propia creación le planteaba un reto complicadísimo. Desde el principio, Rowling había preparado todo, no para la redención de su héroe, sino para su muerte. Con un encuentro impostergable con Voldemort —heredero perverso de Merlín—, los días de Harry Potter parecían contados. A pesar de su creciente arsenal mágico, la experiencia y la fuerza del joven debían haber sido insuficientes en la última batalla contra un enemigo claramente superior. Ya en



Portada inglesa de la última entrega de la saga.

los libros previos, Harry había salvado la cabeza de milagro. Si Rowling hubiera actuado con justicia y respeto a la trayectoria de sus personajes, Harry Potter debió haber muerto. Rowling optó, en cambio, por crear una confrontación enredada, con realidades alternas y vericuetos impensables, para acabar con la vida del villano y regalarle una sonrisa (con todo y "19 años después", final feliz y descendencia para el joven Potter) a sus millones de lectores. El desenlace me pareció lamentable: Rowling traicionó la promesa de su historia, también le dio la espalda a la congruencia y, peor todavía, a la valiente tradición fantástica inglesa (imaginemos a un Frodo feliz, padre de tres enanos: Gandalf, Sam y Boromircito). Además, creo, lo hizo por las peores razones.

Al final, me temo, pudieron más las consecuencias morales y hasta sociales que desataría el desenlace que las verdaderas intenciones de la autora. De ser así, Harry Potter es, quizá, el primer libro en la historia de la literatura definido, no por la voluntad de su creador, sino por la presión de su público objetivo. Es difícil saberlo de cierto, pero sospecho que, sin el peso del fenómeno, Rowling habría firmado otro final. Sus libros están llenos de coqueteos con lo verdaderamente oscuro, con la tristeza auténtica. En una entrevista, Rowling recuerda haber llo-

rado desconsolada tras escribir la muerte de Dumbledore: "Dije: 'Acabo de matar a esta persona'. Y Neil [su esposo] me contestó 'Pues no lo hagas'. Y yo pensé, bueno, pues quizá un doctor... pero me dije 'No, las cosas no funcionan así. Estás escribiendo libros para niños y tienes que ser una asesina inclemente'."

Es una pena que, a la hora de escribir el último capítulo, Rowling prefiriera la magnanimidad simplona antes que la coherencia narrativa. En el mundo real o el fantástico, las cosas son como son y, tras una batalla, nada vuelve a ser lo mismo. Esa lección, creo yo, es más importante para un lector joven que cualquier final con chamacos rozagantes. —

— LEÓN KRAUZE

POLÍTICA

¿QUIÉN GANÓ EN BAJA CALIFORNIA?

Tijuana, B.C.—Faltan unos minutos para las seis. La agitación en la redacción del periódico *Frontera* es enorme. Como de una colmena, salen y entran reporteros y llamadas a la oficina de Jorge Morales, director editorial de ese diario fronterizo. Tiene Morales los resultados de la encuesta de salida en la mano, que coloca por casi cuatro puntos a José Guadalupe Osuna Millán, candidato del PAN al gobierno de Baja California, por encima del polémico abanderado del PRI, Jorge Hank Rhon. Las seis de la tarde es la hora en que el Consejo Estatal Electoral citó a los medios para dar a conocer los resultados de las encuestas. El propio CEE, presidido por Víctor Alarcón, pocos días antes había anunciado la contratación de una encuesta de salida, cuyos resultados daría a conocer poco después de que se hubieran cerrado las casillas de votación. La tensión en la redacción de *Frontera* es evidente. Luego de tres meses de una agitada campaña electoral en la que hubo de todo —publicidad negativa de ambos bandos; un excesivo gasto de campaña: no hay rincón del estado que no esté saturado de publicidad roja (Hank) o

azul (Osuna); compra de votos por medio de regalos (útiles escolares, materiales de construcción, dinero sin más); el intento de descalificación de un candidato (Hank quedó fuera de la campaña por quince días, mientras el Tribunal Federal Electoral, presidido por el ahora cuestionado Flavio Galván, decidía si había o no violado la famosa *ley anti-chapulín*), y su regreso a la contienda— la elección había llegado a su fin de manera pacífica. A lo largo del día el portal de *Frontera* ha venido reportando incidentes menores. Ésta es la elección más vigilada en la historia del estado: más de setecientos observadores se registraron para vigilar la limpieza de los comicios. El propio *Frontera*, al que el CEE no quiso aceptar como observador electoral sino como medio de comunicación, desplegó por todo el estado a más de seiscientos observadores independientes.

Con las cifras en la mano, Jorge Morales esperaba a que dieran las seis. Suena el teléfono, en la línea está un funcionario del Consejo Electoral quien pide a Morales que no dé a conocer su encuesta de salida, argumentando que la elección está muy pareja, que sus números marcan un empate. Morales no cede. Pide que le notifiquen por escrito la disposición del Consejo. El funcionario, que primero exigía detener la publicación de la encuesta, ahora pide por favor, luego suplica. Morales insiste: quiere la notificación por escrito. Dan las seis. Morales ordena entonces que suban la encuesta de salida en la página de internet de *Frontera*. Pocos minutos después podemos ver por la televisión que Manuel Espino, con Osuna Millán a su lado, improvisa una conferencia de prensa en la que señala que, según *Frontera*, el candidato panista va arriba por cuatro puntos en el conteo de salida. Parecido a un pequeño chisguete que se convierte en poco tiempo en un chorro incontrolable, el flujo de información ya no se puede detener. A las seis y cuarto, por fax, llega la orden del Consejo de quitar la encuesta de internet. Morales acata—aunque la nota queda registrada y disponible en la sección “Lo más visto” que el sistema de su portal coloca de

manera automática y no hay forma de retirar... Minutos más tarde, un conjunto de organizaciones civiles daría una conferencia de prensa en la que denunciaría la inexplicable opacidad del Consejo, su sospechosa cerrazón.

A las nueve de la noche, ante la presión de más de ochocientos reporteros de todo el mundo acreditados para cubrir la elección, comienzan a darse a conocer los resultados del PREP. Nadie sabe nada de la millonaria encuesta de salida que días antes anunció el CEE. Víctor Alarcón, de tendencia marcadamente priista, no daba la cara. Los números, transmitidos por televisión, comienzan a fluir. Desde el principio Osuna va a la cabeza, y esa distancia no hace sino incrementarse con el paso de las horas. Un poco antes, alrededor de las ocho, en su casa de campaña, con gesto adusto, Mario Madrigal, líder del PRI en el estado, había anunciado que las tendencias favorecían a su candidato. Lo mismo hicieron desde la sede panista, con una diferencia: el ambiente era de fiesta, los rostros felices. Desde las once de la noche, hileras de coches comenzaron su recorrido por las principales avenidas de Tijuana, con banderas, con bocinas, con gritos y porras a favor del PAN. Al mismo tiempo, en el cuartel de Hank Rhon todo era desolación, pese a la música y la cerveza gratis. El hijo del legendario *Profesor* se negó a aparecer esa noche. *Proceso*, días después, reportaría que, desde las cuatro de la tarde, los priistas supieron que habían perdido la elección. “¿Estoy perdido?”, inquiría Hank Rhon a gritos mientras alzaba un pequeño garrafón de agua y lo vaciaba sobre su boca, pero bañándose el rostro... ‘Todo lo que gasté, las encuestas, los cierres de campaña, ¿no sirvió de nada? ¡Contéstenme! ¡Esta vieja me chingó!’ preguntaba, fuera de sí, refiriéndose a Elba Esther Gordillo. Pero no hubo respuesta. El empresario estaba vencido...” (*Proceso*, 1,606).

Han pasado dos semanas desde la elección. El Consejo Estatal Electoral ha reconocido el triunfo de Osuna Millán



Jorge Hank Rhon, ¿fin de la dinastía?

por una diferencia de 57,184 votos. Los resultados de la encuesta de salida del CEE todavía no se hacen públicos. ¿Qué pasó esa tarde? Desde mi punto de vista, sabiéndose perdidos, los priistas intentaron frenar la información para tratar de repetir el escenario del 2006. Especulo que el plan consistía en que, al dar las once, y amparado en esa encuesta fantasmal, el presidente del CEE alegraría que no era posible dar a conocer los resultados por el estrecho margen que separaba a los candidatos punteros sino hasta tres días después, cuando se realizara el recuento en los distritos electorales. En esos tres días el PRI intentaría por todos los medios anular la elección. Pero esos quince minutos, y la decisión de *Frontera* de transparentar los resultados que tenía a mano, modificaron la situación, que pronto se les salió de control.

Ganó el PAN. ¿Por qué ganó el PAN? Es claro que Osuna Millán, candidato más bien gris, no derrotó con sus propuestas a Hank Rhon, el hombre leyenda. Ganó el PAN la elección porque decidió convertirse en el PRI: el aparato del gobierno local y federal apoyando a su candidato, regalos y obras del gobernador a unos días de la elección, recolección de credenciales, juntas con tamales en la mañana y voto organizado al mediodía, logística electoral del SNTE en apoyo de Acción Nacional. En Baja California pasó el PRI pero ganó la cultura priista.

¿Ganó la democracia? —

— FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ